



VOL: AÑO 6, NUMERO 17

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1991

TEMA: CAMBIOS CULTURALES

TITULO: **Cambios culturales y sindicalismo**

AUTOR: *José Othón Quiroz Trejo, Luis Méndez y Berrueta [*]*

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Este trabajo busca escudriñar la relación entre la cultura, los cambios culturales y la crisis del sindicalismo en México. Las discusiones sobre el declinio del sindicalismo mexicano se mueven en los espacios creados por el propio sindicalismo y su historia reciente; los más aventurados retoman el coletazo de la ola de estudios sobre proceso de trabajo y clase obrera, y plantean sus conclusiones desde ópticas críticas al politicismo tradicional que, de una u otra manera, se acercaban a las interpretaciones de la historiografía oficial del movimiento obrero (MO). A pesar de los avances que trajeron estos nuevos estudios, que le devolvieron las bases materiales a los estudios exageradamente subjetivistas y estadísticas, en este ensayo intento invertir el orden de las prioridades, comienzo por lo que en otros tiempos se consideraban los reflejos de la estructura, parto de la cultura y la política para entender las transformaciones del sindicalismo mexicano (SM) en la actualidad, sin olvidar las importantes herencias que nos dejaron los estudios desde el proceso de trabajo.

ABSTRACT:

Cultural changes and syndicalism.

This paper looks for the inspection of the relation among the culture, the syndicalism crisis in Mexico and the cultural changes. The discussions about the decline of Mexican Syndicalism moves in the spaces created by the very syndicalism and its recent history. The more venturous took again the death throes of the wave of studies on the working class and working process, and from the critical approaches to the traditional politicism, sets up their conclusions that in any way, brought near the Workers Movement (WM). In spite of the advances that this new studies brought, and that gave it back the material basis to the exaggeratedly subjectives and statist studies, in this essay I try to change the order of the priorities to understand the transformations of Mexican Syndicalism (MS) in the actuality, beginning for what in other times was considered as the reflects of the structure, without forget the important heritages that leave us the studies from the process of work.

TEXTO

En los últimos días se han multiplicado los artículos que hablan sobre la crisis del sindicalismo, en sus dos sectores más importantes: el sindicalismo corporativo y el sindicalismo independiente (SI). Sin embargo, hay muchas conclusiones hechas en base a supuestos no verificados, a deducciones construidas sobre los restos del SI que no toman en cuenta las experiencias de los años de auge de este movimiento sindical. Se

generalizan conclusiones únicas sobre un movimiento harto heterogéneo. Se le atribuyen ideologías que -en el mejor de los casos- fueron asumidas por los dirigentes y sectores minoritarios de sus vanguardias. Alguien podría argumentar, con justa razón, que la búsqueda de determinaciones culturales en relación con el MO es parte de la moda, de la decadencia del propio MO y de la crisis de los momentos fundadores y explicativos estructurales, como el proceso de trabajo y la fábrica. Quien así piense tiene parte de razón, lo cual no invalida la importancia de la cultura y la política -o de la cultura-política- [1] como factores explicativos del "cíclico retorno" a lo corporativo que ha experimentado el MO durante gran parte de este siglo. La cultura siempre ha existido -dentro y fuera del momento laboral, sólo que en los años setenta y parte de los ochenta casi nadie -dentro de la izquierda- se preocupaba por ella. Lo económico, como expresión más acabada de lo material, era considerado como la determinación en última instancia; esa tendencia se convirtió en un grillete conceptual que impidió profundizar en las cuestiones "superestructurales" y dejar un acervo de información más rica, variada y compleja para interpretar el fenómeno del sindicalismo independiente en el futuro, que por aquellos años era prometedor. Todos esos huecos de información mistifican las conclusiones ante un presente pesimista -quizás en exceso-, pero afortunadamente dubitativo.

Finalmente, el hecho de repensar la historia reciente del SI, puede llevar a resultados que sean la base de polémicas menos presentistas, aunque remitan a preguntas de actualidad tales como: ¿Fue el SI, un sindicalismo que puso en cuestión la cultura corporativa del sindicalismo mexicano? ¿Fue, como algunos lo plantean actualmente, una vía mexicana al socialismo o realmente había otra u otras lecturas de los alcances de la cultura política de la clase obrera en la época: la de los dirigentes y las vanguardias -internas y externas-, por un lado, y las de las bases, por el otro? ¿Cómo se articularon los cambios estructurales que desorganizaron a la clase obrera con los cambios culturales y políticos -si es que los hubo- durante la década de los ochenta, con la reestructuración capitalista hoy llamada reconversión industrial? ¿Qué hacer con las experiencias de ese otro MO que dentro y fuera, del SI planteaba salidas a la crisis del sindicalismo? ¿Cómo se relacionan el MO y los movimientos sociales del territorio -de la reproducción externa- y como y cuándo se transmiten la centralidad de los movimientos sociales metropolitanos?

Cultura, fábrica, sociedad y estado

Para entender las expresiones de la cultura de los trabajadores modernos, hay que ubicarla espacial y temporalmente. A pesar de los años y de las transformaciones que ha experimentado el capitalismo durante y después de la muerte de Marx, su propuesta de marco de comprensión de la globalidad de la producción y reproducción de la realidad social aún permite entender el ámbito en que se mueve el ser social contemporáneo. En un corte horizontal la vida se desarrolla como ciclos de producción-reproducción -como repetición infinita de los momentos de la producción, el consumo, la distribución y el cambio (Marx, 1974:3-21), que generan y regeneran al sujeto práctico social en el proceso de trabajo y en la vida cotidiana-. Para quienes privilegian lo estructural, la cultura entra en el momento de la reproducción o, en un corte vertical, en la superestructura. Para efectos de nuestro estudio la cultura baja de la punta de la pirámide y se mueve en los momentos de la producción y de la reproducción, dentro y fuera del espacio laboral. Haciendo una adaptación que contemple lo vivencial podríamos decir que la clase obrera tiene tres momentos definidos en su ciclo vital -entendidos estos como síntesis interrelacionada-: el del trabajo, el de la reproducción que se subdivide en el tiempo para la reproducción física del trabajador y el tiempo de reproducción psicofísica -el sueño-; los tres ochos del concepto de tiempo para las utopías libertarias del siglo pasado (ocho horas de trabajo, ocho horas para el placer y ocho horas para dormir). La cultura no es un elemento ajeno al proceso de trabajo, se transmite a partir del imaginario y de las experiencias objetivas y subjetivas que porta el trabajador desde el espacio extra-laboral y

desde sus vivencias pasadas. Aunque el proceso laboral también influye en la vida cotidiana; la fábrica se lleva a la casa, al bar, a la escuela, ambos tiempos y espacios se imbrican, se influyen mutuamente y hacen síntesis en cada individuo a partir de sus comportamientos sociales cuando estos se constituyen en clases o actores. En este sentido, para entender los comportamientos políticos de los trabajadores debemos movernos igualmente en los terrenos de la producción y de la reproducción, con la cultura como hilo transmisor y los individuos como portadores de la misma.

La relación entre la fábrica, la sociedad y el estado

Dicho lo anterior queda una cuestión en el aire ¿Cuál es el momento fundador de las relaciones sociales, la producción o la reproducción? ¿Pregunta de viejo cuño? Vuelta a los grandes relatos dirían los posmodernos. Lo cierto es que habiendo vivido el auge y la depresión del Movimiento Obrero Mexicano (MOM) y haciendo una lectura diferente de su desarrollo durante el presente siglo; en la relación entre el MO, el Estado y los otros movimientos sociales no hay respuesta única. A momentos parece que la producción marca el ritmo de la reproducción de toda la sociedad, [2] a momentos sucede lo contrario, parece que la fábrica no existe -se aletarga- y la sociedad se reproduce ajena a su vida laboral, los movimientos sociales no clasistas juegan el papel central en las relaciones de la sociedad mexicana con el Estado. Una respuesta no ortodoxa sería que no hay determinismos predeterminados, que los ritmos de la presencia determinante de la estructura o de la superestructura los imponen los enfrentamientos sociales, en ciclos que además de ser económicos constituyen una relación social con contenidos políticos y culturales.

La experiencia de casi un siglo del régimen que surgió con la Revolución de 1910, le permite al Estado moverse sobre ciclos donde la clase obrera se fortalece y pretende romper con la cultura instituida del corporativismo sindical que se inauguró con el pacto con el sector más "corporativizable" de la Casa del Obrero Mundial. La constitución de los batallones rojos le permitió al Estado en ciernes preparar una relación estable con el MO y consolidar un orden instituido. El SI, como el Sindicalismo Revolucionario de los anarco-sindicalistas de los veinte; como el de los comunistas y los anarco-comunistas que buscaban en la Confederación de Trabajadores de México (CTM) una central diferente de la que instituyeron los líderes corporativos; como el Movimiento Ferrocarrilero y las movilizaciones de los Sindicatos Nacionales de Industria y de Servicios (SNIS), procuraron romper con el corporativismo, portaron una cultura anti-institucional, una cultura instituyente.

Estado, capital y sindicalismo corporativo se unieron para derrotar estos movimientos. Como muros de lo instituido se alzaron contra las movilizaciones que tenían detrás de sí toda una cultura anticorporativa, que cíclicamente se recrea; de la misma manera que se recrean los sectores corporativizables como la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), como la CTM, como algunos sectores de la Tendencia Democrática (TD), como algunos sectores del propio SI y ¿porqué no? la Federación de Sindicatos de Empresas de Bienes y Servicios (FESEBES). Desde sus orígenes, el Estado de la revolución mexicana se ha movido en los dos momentos de la reproducción social global -en la fábrica y en la sociedad-, cuando la clase obrera se fortalece en el proceso productivo y las identidades se consolidan en lo laboral, el Estado -al lado del capital combate la organización obrera dentro de la fábrica y fortalece la participación política de los individuos constituidos como identidades extra-fabriles; el trabajador es subordinado a la figura ciudadana, la política sale del espacio laboral para mistificar las contradicciones sociales a través de reformas políticas -u otro tipo de acciones- que tienden a diluir y subordinar la identidad laboral y las contradicciones de clase.

Hoy estamos ante una nueva constatación de esta dinámica. Con un sindicalismo en crisis, con una debacle del espacio laboral como elemento de constitución de identidades, el centro de gravedad social se mueve hacia la reproducción y hacia los movimientos sociales del territorio. La política subordina a la economía, la sociedad a la fábrica, la reproducción a la producción. El Estado separa las identidades de los individuos construidas en la reproducción de sus identidades laborales, la cultura laboral de la cultura social. El Estado se moviliza para debilitar al movimiento obrero en el espacio productivo: separa lo fabril de lo social; lo económico de lo político; lo productivo de lo reproductivo, la producción del consumo. Por ello favorece a un sindicalismo corporativo que negocia salarios sin preocuparse de las condiciones de trabajo. Por ello habla de democracia política para los ciudadanos separándola de una excluida democracia laboral.

Este corporativismo se encuentra con un MO igualmente impregnado -con diferentes grados- de una cultura corporativa, genera un MO que compartamentaliza sus acciones y sus espacios de lucha de manera rígida y excluyente. El MO anticorporativo de algunos sindicatos independientes de la industria se refugia en el proceso laboral como sindicatos de la producción, sin utilizar adecuadamente los espacios extra-fabriles y sin relacionarse con los movimientos sociales del territorio. Por el contrario, el MO corporativo se mueve fuera del espacio de trabajo, como un sindicalismo de la circulación (de la Garza, 1989: 115) que excluye cualquier posibilidad de síntesis de la fábrica con la sociedad, que substituye su debilidad en la producción con su acercamiento al Estado.

A pesar de todo esto, la cultura anticorporativa existe, sea como una reserva histórica -como una experiencia de formas de resistencia y de métodos de lucha guardada en la memoria colectiva en épocas de reflujo-; sea como sedimentos en el presente, de los momentos del auge de sus luchas anticorporativas del pasado inmediato, que sobreviven a las crisis y los años -sindicatos independientes que se recomponen, cooperativas, tendencias democratizadoras al interior de los sindicatos corporativos. Coexiste con la cultura corporativa en sus diferentes modalidades, con la cultura del rechazo o con la indiferencia que es una tercera forma de asumir su cultura fabril, Ese comportamiento anómico, esa desafección a lo organizado también es un comportamiento que forma parte de la cultura global de los trabajadores y que inquieta a los que siguen exigiendo a la clase obrera que sus comportamientos pasen por las reglas de una racionalidad -conciencia de clase, organización, extraversión de las formas de lucha etc., etc.- cada día más lejana de sus expectativas. Conscientes o inconscientes; organizadas u espontáneas; abiertas u ocultas, esas manifestaciones de una cultura del desencanto o del querer vivir mejor aquí y ahora, merecen ser abordadas a profundidad.

¿Existe una cultura obrera única y diferenciada?

Afortunadamente Sólo algunos círculos ortodoxos continúan asumiendo el mito de la existencia de una cultura obrera única y diferenciada. Aquello que fue propio de los inicios de la formación de la clase obrera, en barrios habitados por trabajadores que les permitían una cierta homogeneidad en la fábrica y en el territorio, y la construcción de una identidad que sintetizaba los dos momentos de su reproducción total como sujeto social. En México, aunque tardíamente y con sus propias especificidades culturales, en los años veinte encontramos algunos sectores de la clase obrera que asumen las características de aquel proletariado que era el sujeto revolucionario del marxismo, del anarquismo y de sus continuadores. En las zonas fabriles de las ciudades más importantes, en los company towns y demás enclaves industriales de la provincia, existía una clase obrera que asumía su identidad diferenciándose de los empresarios en el proceso de producción y en sus prácticas de la vida cotidiana, procuraba controlar su reproducción fabril y su reproducción cotidiana, aún no le entregaba a la industria cultural el control de su tiempo libre.

Hoy por hoy, la cultura obrera como cultura única y diferenciada de otras -entre ellas la "cultura burguesa"- no existe. Las transformaciones de la organización capitalista de la producción y el territorio, la creciente autonomía de la industria cultural y el desarrollo de los modernos medios de comunicación impiden la clara delimitación de las fronteras culturales entre las clases. Esta división fue más un producto de la ideología y de la lucha política de las vanguardias partidarias de los años veinte que un fenómeno que correspondiera a la realidad de su tiempo. Con esta confrontación se trataba de ampliar el ámbito de la esfera de intervención de la burocracia soviética en ciernes hasta instancias como la propia conciencia. El Estado no sólo intervendría en el proceso productivo sino también en el establecimiento de patrones culturales a ser asumidos por la sociedad, base de sustentación de lo que sería el totalitarismo estalinista. En México los ecos de la Proletkult soviética se reflejaron en el movimiento muralista mexicano, pero no pasaron de ahí, fueron preocupaciones de las élites partidarias del Partido Comunista Mexicano que no arraigaron en el seno del MO. En todo caso la Proletkult fue más una propuesta de política cultural (Pérez, 1987:39) de artistas bien intencionados que se convirtió en una arma en manos de los burócratas bolcheviques contra la oposición de izquierda y de derecha y que, pasado el tiempo, se convirtió en un mito para un marxismo binario pleno de antinomias irresolubles: materia o idea, reforma o revolución, cultura obrera o cultura burguesa. Lo que existe es la cultura de los obreros específicamente determinados, sus comportamientos aprendidos como sus modos de vida y sus prácticas materiales o mentales. Esta cultura se relaciona con la cultura en su dimensión más amplia [3] y va descendiendo en nivel de generalidad, pasa por la cultura y la identidad nacionales, por la cultura urbano popular hasta llegar a la cultura obrera. Esta resulta por demás heterogénea, como la propia composición del proletariado moderno, se modifica de acuerdo con el sector de trabajadores; con la rama de producción, con la empresa, con la fábrica. Dentro de la unidad laboral las diferenciaciones se dan entre los trabajadores directos e indirectos; los de la fábrica y los de las oficinas. La subdivisión se extiende al propio trabajo directo entre las diferentes secciones y departamentos. Aunadas a estas diferenciaciones horizontales también tenemos las separaciones verticales entre directores y ejecutores, dirigentes y bases sindicales, trabajadores calificados y no calificados.

La diferencia entre la calificación que implica en algunos casos mayor escolaridad, aunada a otros elementos de la composición técnica de los trabajadores (tipo de trabajo -colectivo o individual, ligado o no a la cadena de montaje etc.) permiten establecer diferencias en la manera de relacionarse con el trabajo y en la formas de lucha, de organización y de conciencia, la forma en que se valoriza o no el trabajo tiene que ver con la forma en que se asume el quehacer político, sea desde una óptica profesional que implica una cierta satisfacción con él; sea desde la óptica del rechazo cuando el trabajo es lo suficientemente monótono, mal pagado y desgastante; sea desde la indiferencia. De tal manera que, por lo general, la cultura política fabril del obrero profesional, difiere de la del especializado y semicalificado, así como de la del obrero poco calificado. Esta situación en ocasiones tiene efectos políticos directos, pensando que en la mayoría de los comités ejecutivos de los sindicatos la composición es hegemonizada por los obreros profesionales mientras que, los dirigentes intermedios (los delegados departamentales) son más representativos de las diversas categorías obreras al interior del proceso laboral.

Estas diferencias se traducen en divergencias que van más allá de la reproducción interna, se trasladan al modo de vida y a las forma de reproducción externa, no sólo por las diferencias salariales, sino por factores culturales y políticos inherentes a la composición social y la cultura que porta cada trabajador; y a la composición técnica y la cultura que se crea en la fábrica. [4] En un corte horizontal podemos encuadra la cultura de los trabajadores como cultura de la reproducción interna y externa o cultura fabril y

extra-fabril. En un corte vertical la cultura obrera se relaciona con la cultura urbano-popular, con la cultura hegemónica nacional e internacional; los medios de comunicación, la moderna industria cultural y el Estado juegan un papel determinante en este proceso. Como nota al calce es interesante observar la importancia de las movilizaciones políticas en la constitución de fenómenos que, de una u otra manera, influyen en la propia cultura instituida. En la huelga de 1977 del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma de México (STUNAM), el sector de los trabajadores administrativos le puso ritmo de música afroantillana al conflicto, sacando a los trabajadores académicos de sus gustos musicales, el propio auge del MO propició que las clases medias volvieran a saborear ritmos que en los sesentas eran considerados, peyorativamente, como música de "caifanes" y "califas".

Una definición, lo suficientemente amplia, de cultura obrera que tiene la cualidad de combinar lo sociológico y lo político con lo antropológico sin forzar el encuentro de conceptos de los tres campos, es la de Carlos Monsiváis que plantea que la cultura obrera es:

"...en principio, el cúmulo de tradiciones, conocimientos y formas de relación de una clase en su conjunto que asimila y actúa, parcial o totalmente, cada uno de sus componentes. Al respecto, esta definición (...) es una síntesis del modo en que operativamente se le describe, siempre que el término aparece. De acuerdo a esta rápida descripción, la cultura obrera sería la síntesis antropológica de las relaciones entre trabajo, explotación laboral y modos de vida, organización y resistencia. Esta cultura surge del trabajo (...); implica la concentración obligada en un espacio (la fábrica, el taller) y una red de vínculos que de modos diversos incluyen la solidaridad, la participación sindical, la identificación con la empresa (en algunos casos) y la fijación de la identidad personal en la imagen colectiva. Agrego un componente esencial de la cultura obrera: (definida en la práctica) la actitud hacia el sistema económico que se manifiesta en resentimiento, frustración, contentamiento inducido, gratitud parcial, subordinación, resistencia política y social y que constituye a la vez, esta actitud, la base subterránea de la cultura política y la base pública de las psicologías individuales de los obreros. (Monsiváis, 1987:167).

Para efectos de este análisis enfatizamos la última parte de la definición. Ciertamente la cultura obrera es "la base subterránea de la cultura política", la cultura obrera se mueve entre la cultura en su sentido más amplio y es, al mismo tiempo, la base para comprender la cultura política de los trabajadores. De nueva cuenta en este campo se confrontan la fábrica y la sociedad, lo laboral y lo extra-laboral cuando las identidades sociales están sólidas en el espacio laboral la cultura fabril -hegemonizada por la figura o figuras de la clase obrera en acción- modifica en parte las determinaciones de la cultura global que vienen del universo del espacio extra-laboral. La cultura política instituida se ve modificada o puesta en cuestión por la cultura instituyente y anticorporativa. Cuando sucede lo contrario -por lo menos en lo que hasta hoy puede ser recogido por la historia del MOM en sus relaciones con la sociedad y el Estado- la centralidad de los movimientos sociales pasa a los movimientos sociales del territorio y de la reproducción, en su sentido material y simbólico. El Estado Mexicano -acostumbrado a negociar con el capital a partir de la despolitización de las relaciones laborales en la fábrica- remite los conflictos al terreno de la circulación, refuerza sus relaciones con el MO corporativo y suple las limitaciones al ejercicio de la política en el espacio laboral con las reformas políticas a nivel social.

Cultura obrera anticorporativa y heterogénea, dos fenómenos olvidados

Los análisis sobre el estado actual del sindicalismo en México tiene diferentes vertientes. Para los efectos de este ensayo nos interesan el análisis críticos y, en particular, una serie de artículos, por demás interesantes, presentados en el último número de la revista Trabajo. Los estudios ahí recopilados son ricos en críticas y sugerencias ante la crisis del sindicalismo mexicano. Su temática incentivó en cierta medida este trabajo, ya que en algunas de sus argumentaciones aparece constantemente el factor cultural como sustrato de los comportamientos políticos de los trabajadores mexicanos.

Una primera objeción a algunos de estos sugerentes ensayos es que, parecería que están colocados en la lógica de "lo perdido lo que aparezca", se mueven dentro de las coordenadas, de lo que quedó después de la derrota obrera de 1983, de lo instituido, de lo visible, de lo organizado (Incháustegui, 1990: 16-22). A momentos parecería que, en aras de defender MO organizado en abstracto, no queda más que defender al sindicalismo corporativo, en la peor de sus versiones.

Además de la tendencia a defender lo posible y lo residual, estos análisis están cargados de una interpretación del sindicalismo de los últimos veinte años, interpretación profundamente marcada por sus experiencias defensivas y sus sedimentos organizativos que llegaron hasta nuestros días. Este presentismo sin duda tiene su lado positivo, si lo comparamos con aquellos estudios históricos propios de los años ortodoxos (1972-1982), donde los estudiosos de las élites organizativas hacían lo inverso, esto es, remitían el estudio del sindicalismo a su pasado idílico, ahí donde la historia se resolvía melodramáticamente por la ausencia o presencia de dirigentes, la mayoría de las veces ligados al PCM, ahí el presente se volvía una suerte de destino trágico resuelto de antemano en el oráculo del pasado.

Sin embargo, los estudios que hacen énfasis en el presente del MO organizado (MOO), olvidan las experiencias históricas anticorporativas del MOM. Cuando se refieren al fenómeno, hasta cierto punto, reciente del SI (al haber sido desarticulados importantes movimientos anticorporativos en su seno) se quedan con lo que dejó la derrota y la desarticulación obrera a través de la reestructuración capitalista. Así colocadas las cosas, sin reminiscencias de una cultura obrera anticorporativa, es fácil buscar refugio en lo posible, el "lo real" por ser esto lo único organizado.

Por otro lado, resulta interesante reflexionar a partir de algunos artículos de dicha revista sobre la posibilidad de pensar al MO como un todo organizado (Incháustegui, 1990:17), desafortunadamente la realidad no es así, por lo que -el MOO- manejado de esta forma se convierte en un noción demasiado ambigua y general que impide diferenciar los sectores que forman parte de este MOO; afortunadamente no es lo mismo el MOO corporativo que el MMO anticorporativo, aunque en algunos de sus sectores existan semejanzas. Una cosa parecida sucede cuando se generaliza que el SI "estuvo vinculado al nacionalismo revolucionario y a las fuerzas de izquierda. De ahí que las prácticas y acciones políticas que le dieron vida estén ligadas a la lucha por la democracia y la revolución socialista" (Góngora, 1990:24-25). Estas afirmaciones tienen su origen en pensar que el SI tenía una composición más o menos homogénea y, por lo tanto, una cultura política igualmente homogénea. Esta era la impresión de los dirigentes profesionales y de los militantes de partidos de izquierda que poco correspondía con la opinión de la mayoría de los trabajadores del propio SI, apreciaciones de este estilo fueron una de las tantas causas de la crisis de la relación entre la izquierda y el MO. Una era la cultura y la composición de clase de los dirigentes y otra la de las bases; una la de los obreros de planta otra la de los eventuales; una la de los obreros de pasado urbano otra la de los trabajadores recién llegados del campo.

Ese tipo de interpretaciones las hicieron varios activistas en relación al STUNAM y coadyuvaron a construir un "sindicalismo socialista" desde la visión de los militantes de izquierda de origen estudiantil, visión que no correspondía a la de la mayoría de los trabajadores administrativos con otra composición social y técnica, finalmente lo que resultó fue un sindicato semicorporativo que, en el momento de su decadencia mostró el verdadero carácter de sus dirigentes. Que el STUNAM haya producido jefes neocorporativos como Evaristo Pérez Arreola y Olivos Cuellar no es un fenómeno gratuito.

El SI -a excepción de algunas organizaciones como el Sindicato Independiente de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana y el Sindicato Unico de Trabajadores de la Industria Nuclear y de algunos momentos coyunturales en las luchas de sindicatos industriales-, desde la óptica de las mayorías, más que socialista fue un movimiento en busca de democracia sindical y, en algunos casos, fabril. Las conclusiones homogeneizadoras, construidas desde sus élites dirigentes y vanguardias, hoy son el producto de un imaginario académico que parte de una importante omisión en sus estudios, esto es, que las expresiones de la cultura política del SI eran notablemente heterogéneas, hasta en el apogeo de sus luchas y en los momentos más orgánicos de su historia.

Profundicemos en estas dos cuestiones. Comenzando por la cultura obrera anticorporativa, esta la podemos rastrear desde la época de auge del anarcosindicalismo mexicano. En aquellos años algunos sindicatos confrontaban la cultura fabril del patrón dentro del espacio laboral y fuera de él. Existen numerosas batallas que ilustran un pasado obrero alternativo a la hegemónica presencia de un sindicalismo corporativo y neocorporativo actuales. El sindicalismo de los años veinte mantenía una estrecha relación entre el proceso laboral y sus tiempos y espacios de reproducción extra-fabril. Sus luchas estaba impregnadas de un ludismo que integraba al barrio obrero, a la familia y a la comunidad que los rodeaba a través de la fiesta. Aún no se compartimentalizaban y se escindían la fábrica y la sociedad. [5]

La Confederación General de los Trabajadores (CGT) representa uno de los antecedentes más cercanos a los objetivos del SI en su época de auge. Entre sus principios estaban: la acción directa, que consistía "en el arreglo en los conflictos colectivos entre obreros y patronos con exclusión de intermediarios" (Huitrón, 1974:52), el federalismo, la ausencia de cuadros profesionales, la independencia sindical -con respecto a la central- y la democracia directa en la representación (Taibo, 1979:674). En aquellos años se daban pasos firmes hacia la institucionalización del MOM, la tensión entre la desigual batalla del movimiento obrero no institucionalizado: ferrocarrileros, electricistas, petroleros, mineros, trabajadores textiles, tranviarios, panaderos etc, inspirados en el anarcosindicalismo y en el sindicalismo revolucionario de los Woblies de la International Workers of the World(IWW), y el MO institucionalizado de la Confederación Regional Obrero Mexicana (CROM), encabezados por Luis N. Morones y Vicente Lombardo Toledano, antecedentes inmediatos de Fidel Velázquez, y con el fuerte apoyo de los gobiernos de Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

En los treinta vuelven a manifestarse las inquietudes anticorporativas y democratizadoras dentro del MOM. El MO es punta de lanza en la consolidación del populismo cardenista, versión mexicana del Estado benefactor, planificador e interventor en la economía que nació como respuesta mundial a la crisis del 29. [6] El refortalecimiento de la derecha al final del cardenismo, la amenaza de la guerra, los errores de una izquierda burocratizada y dependiente del stalinismo (vacilante ante los movimientos de un Estado más elástico que se adelantaba a su prematura esclerosis burocrática), y el fortalecimiento del nacionalismo -como ideología desactivadora del

conflicto clasista-, entre otras cosas, contribuyeron a la derrota y el aislamiento de las corrientes más combativas dentro de la Confederación de Trabajadores de México (CTM).

Finalmente, desactivados los extremismos en el seno del MO, entre Lombardo Toledano y Fidel Velázquez sientan las bases del renovado corporativismo y de un pacto social de no agresión entre trabajadores y empresarios, y de colaboración del MO con el Estado. Resulta interesante observar como, derrotado el sindicalismo combativo, el espacio productivo cede su lugar a la socialidad extra-fabril como arena de conflictualidad política, y el MO su centralidad política a las organizaciones pequeñoburguesas cuya identidad se construye fuera del ámbito laboral. Manuel Avila Camacho crea la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) para reclutar a una nueva clase política proveniente de la clase media, es uno de sus puntales que paulatinamente, con apoyo del Estado, sirven para desplazar y restarle fuerza política a la CTM en su relación con el Estado.

A finales de los cincuenta nuevamente hay una oleada de luchas anticorporativas. En este ciclo de movilizaciones destacan los SNIS -Ferrocarrileros, Petroleros, Telefonistas, Telegrafistas y Maestros-. El movimiento ferrocarrilero fue uno de los más importantes y, en 1958, consiguió renovar su Comité Ejecutivo, en él participó Demetrio Vallejo que, en un discurso previo a las votaciones prometía una lucha "por la democracia sindical, por la independencia de clase y por la unidad" (Alonso,1975:129). Posteriormente, el nuevo comité ejecutivo, al plantear la absoluta libertad de sus miembros para adherirse al partido político que más les conviniera y reiterar que el Sindicato de Ferrocarrileros no pertenecería a ningún partido político, atacó una de las columnas fundamentales de la interdependencia corporativa que el MOM mantenía con el Estado: su relación directa con el partido oficial. Esa cíclica búsqueda de la independencia sindical y de la democracia en la vida interna de los sindicatos volvió a hacerse presente en algunas de las vertientes del SI. La renovación de la cultura anticorporativa, como cultura instituyente formó parte del heterogéneo movimiento del SI.

Como hemos planteado en trabajos anteriores, el SI no fue de ninguna manera un MO homogéneo, lo constituyeron varios sectores y polos de atracción. Entre los núcleos de agregación política, dentro de los SNIS estaban el Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF) la Tendencia Democrática (TD) del Sindicato Unico de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) que también tenía una fuerte presencia en el Sindicalismo Universitario y el Sindicato de Telefonistas. Entre los trabajadores de las pequeñas y mediana industrias de los cordones industriales que rodean la Ciudad de México el Frente Auténtico del Trabajo (FAT). El nuevo proletariado de la gran industria y los nuevos servicios estaba hegemonizado por la Unidad Obrera Independiente (UOI). Entre los trabajadores de la moderna industria de la construcción surgió una corriente muy similar, en sus formas de lucha y de organización al anarcosindicalismo de los años veinte, encabezada por la Liga de Soldadores. Finalmente en los setentas casi toda las gamas de la izquierda tradicional y la nueva izquierda, junto con grandes sectores independientes de cualquier posición partidaria formaron parte de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (Quiroz, 1989:13-17).

Es imposible ofrecer conclusiones de tipo general en relación con el SI y su cultura política. Las conclusiones dependen de las corrientes sindicales o partidarias que están en la base de las mismas. Si tomamos a la TD difícilmente podemos hablar de anticorporativismo sindical. Si observamos lo que queda actualmente del SI, difícilmente podremos encontrar algo diferente a luchas por mantener "las conquistas históricas del pasado" (Góngora,1990:29). Ante un presente sin definiciones, además de recurrir a las posibilidades reales e inmediatas, también puede hacerse referencia a propuestas democráticas y anticorporativas; contestatarias pero propositivas de sectores del SI que

se adelantaban, a su manera, a lo que hoy sería, con las palabras de Enrique de la Garza, un sindicalismo autónomo con flexibilidad bilateral (de la GARZA, 1990:43).

Las experiencias de la Liga de Soldadores, las de los trabajadores de SPICER (con sus aciertos y sus yerros), las luchas cogestivas tomadas en serio por trabajadores de confianza y de base en la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, las experiencias autogestivas forzadas por el peligro de la desaparición de la fuente de trabajo en Refrescos Pascual, en Vidriera y en Alumex, el coproductivismo eficientista de la UOI etc., ofrecen un panorama diferente a la de un SI rígido y sólo de denuncia que algunos autores resaltan (Ver Góngora, 1990:24- y Vázquez, 1990:44-53).

Posiblemente estemos ante un fenómeno sui-generis en la historia del MOM y su reflexión dentro y fuera del ámbito académico. Una reflexión que pasa por sectores diversos, que vistos en su totalidad, ofrecen una inmensa gama de interpretaciones que habrá que asumir como una postura pluralista. Esta atmósfera dista de ser la discusión entre las sectas de izquierda después de la derrota de los ferrocarrileros en 1959. Hay más riqueza de luchas, de formas de organización, de demandas, de formas de conciencia. ¿Porqué reducir todo este bagaje cultural nuevamente a dos corrientes: FESEBES y Frente Sindical Unitario? ¿Porqué renunciar al acervo de una cultura obrera anticorporativa real, al margen de las etiquetas y los "relatos" de una modernidad que antes de vivirla a fondo ya se esta desmoronando?

En la cultura de una clase obrera derrotada hay recuerdos, personajes, organizaciones que se mantienen hasta la fecha, generaciones emergentes que no hacen del pasado una tábula rasa. En los sesentas ese acervo estaba tras la rejas, el estado había interrumpido la continuidad entre el 59 y el 68 con la represión. Esa cultura contiene experiencias sedimentadas y guardadas en el imaginario colectivo instituyente que pueden enriquecer una propuesta contemporánea de afrontar la realidad reestructurada, sin caer en absolutos nostálgicos ni en un presentismo exacerbado.

Prueba de que, desde el pasado, algunos sectores de los trabajadores han sido elásticos y que tampoco se han negado a la reestructuración, la tenemos en las proposiciones que hacían los ferrocarrileros para reestructurar la empresa durante el gobierno de Adolfo López Mateos, en 1958:

- "1) Revisar las tarifas de los Ferrocarriles (...), sentando el precedente de que ningún producto debe transportarse con pérdida.
- 2) Cuando el gobierno federal crea necesario subsidiar el transporte de algún artículo la Secretaría de Hacienda cubrirá la diferencia con la tarifa normal.
- 3) Eliminación de toda canonjía en materia de tarifas y reestructuración de la empresa hasta hacerla rentable..." (Rojó, 1962:7).

En 1959 reiteraban y completaban sus propuestas desde una óptica obrera de la reestructuración, pidiendo:

- "1) Supresión de los 868 puestos de confianza, incluidos la policía especial (...).
- 2) Eliminación de las consolidadoras de flete y documentadoras de express y establecimiento de oficinas recolectoras y de distribución de flete.
- 3) Eliminación de toda erogación que haga la empresa por concepto de sostenimiento de camarillas y grupos sindicales.
- 4) Supresión de toda propaganda que no sea verdaderamente indispensable. Estricto control y comprobación de los contratos que otorga la empresa" (Excelsior, 1959: s/p).

Esa misma actitud propositiva la podemos encontrar en varios de los movimientos del SI que mencionamos arriba, en el FAT, en la UOI, en otros organismos del SI que, como lo explicitaba la UOI, procuraban la negociación directa entre trabajadores y empresarios sin mediación del Estado. ¿No son estas manifestaciones de una cultura anticorporativa, democrática y de una flexibilidad que se adelantaba a su tiempo?. Una aportación importante de las posiciones hasta aquí cuestionadas, es su criticismo escéptico que afortunadamente no recuerda que, hoy por hoy, la cultura hegemónica entre los trabajadores del final de este siglo es la cultura corporativa; que una izquierda rígida ligada a un sector rígido de la clase obrera, no puede ofrecer respuestas a un presente tan complejo y tan cambiante. Podríamos agregar que esta en crisis una clase obrera, un tipo de cultura y una variedad de la izquierda que crecieron al calor de un estatismo corporativizante, versión mistificada pero cercana a un socialismo igualmente estatista, corporativo y autoritario.

Conclusiones

Tema recurrente de la última década es la reconversión industrial como parte de la reestructuración global del capitalismo. La crisis del MO y consecuentemente del sindicalismo, entre otras tantas crisis, son atribuidas a cambios estructurales. Esto es cierto en parte porque, como plantea el sindicalista italiano Bruno Trentin:

"(la) solidaridad de los trabajadores, ha entrado en crisis, no sólo frente a los procesos de reestructuración, sino también a causa de las transformaciones culturales que se han presentado dentro del movimiento de los trabajadores.(...) los que están en crisis son los contenidos porque hoy es imposible (...) por ejemplo, una reivindicación de horario igual para todos. No sólo porque se trata de sectores diversos, sino porque dentro de cada fábrica, son tantas las culturas, las expectativas de los trabajadores, las remuneraciones, que decir 35 horas iguales para todos (...), significa probablemente enfrentar un rechazo no sólo por parte de la empresa, sino también por parte de los trabajadores" (Trentin,1990:57).

Lo anterior significa que la clase obrera se ha transformado no sólo porque estamos ante una nueva generación de trabajadores, sino porque también ha cambiado su cultura y sus expectativas. Es cierto, la reestructuración capitalista al modificar las condiciones técnico-económicas influye en la composición técnica de los trabajadores, en el momento laboral de la constitución de su identidad, pero también se han modificado las determinaciones culturales en su sentido amplio. La identidad de los sujetos en su reproducción global se ve bombardeada por la industria cultural, que pasa por encima de definiciones clasistas. Ciertos programas de televisión o de radio estandarizan los gustos y las necesidades aunque las posibilidades de satisfacerlas sean diferenciadas. En la actualidad no se pueden entender las transformaciones técnico-económicas si no se contemplan las transformaciones culturales y viceversa. Tal vez nunca han estado desligadas ambas instancias, fue preciso que entrara en crisis la estructura para devolverle su lugar a la cultura. Aunque hay que estar atentos con las tentaciones neo-totalizadoras y las neo-determinaciones en última instancia, el exagerado énfasis en lo cultural puede recrear un panculturalismo tan determinista como el más esquemático de los marxismos.

Finalmente las transformaciones culturales involucran a otro actor cercano al sindicalismo y al MO: la izquierda rígida, tradicional, antidemocrática, corporativa y -en términos de composición de clase- terciarizada y de cuadros profesionales, que entra en una renovada crisis en su relación con los trabajadores, principalmente con los obreros industriales. Lo cierto es que esta crisis ya viene desde hace años. Mientras que la composición social y la cultura de los trabajadores se modificaba, nacían nuevas generaciones de obreros ya asentadas en las ciudades industriales del país, se modificaba la estructura de la familia,

sus modos de vida y sus aspiraciones, la izquierda seguía predicando viejos discursos leninistas ya puestos en duda por críticos dentro del propio campo del marxismo.

Las bases culturales, subjetivas y objetivas, de la ley del valor trabajo ya no eran las de los heroicos militantes profesionales provenientes de los artesanos y los obreros de oficio. Desde la era de la IWW el valor del trabajo ya no ofrecía ningún atractivo para que el obrero se identificara con él, la introducción de la banda de montaje fordista y la rígida estandarización taylorista, habían abierto la brecha para el surgimiento de una asunción colectiva del rechazo a un trabajo rutinario y vacío de toda creatividad. Esta desafección propició que el momento laboral perdiera importancia como factor de sustentación de las identidades individuales y sociales de los obreros contemporáneos. Ante un trabajo abstracto e indiferenciado hasta los viejos obreros calificados y semicalificados soñaban, con justa razón, que sus hijos estudiaran para ser trabajadores de oficina pero jamás obreros. Los trabajadores se identificaban más por el uniforme de un equipo de fútbol, que por el overol; por una vestimenta (que buscaba negar su condición obrera); por el nombre de su banda de barrio, por sus gustos musicales; por todo aquello que le hiciera olvidar el trabajo. [7]

Con los sesentas surgieron varias respuestas a este tipo de trabajo la esperanza de un sector minoritario de obreros calificados de reconstruir la sociedad desde el trabajo; la rigidez de trabajadores llevados; ella por la propia rigidez que, a la larga, propició la división extrema de trabajo taylorizado; por parte de los jóvenes una actitud lúdica de rechazo al trabajo y una búsqueda dionisica de realización fuera del proceso productivo; en el resto, una gran indiferencia anómica que generó una profunda crisis de calidad y productividad. Si pudiéramos hablar de tendencias, diríamos que la composición de clase, culturalmente hablando, apunta hacia ese trabajador joven cuya escasa identificación con el trabajo va acompañada de una endeble identidad nacional. Estos jóvenes urbanos, tienen poca arraigo al territorio, a diferencia de sus padres de origen campesino; ante el despido la emigración a EUA es una opción, su cosmopolitismo forzado nace de la necesidad vital de tener trabajo y radical de tener acceso a las mercancías culturales y formas de vida de cualquier urbe moderna que se precie de serlo: conciertos de rock, aparatos electrodomésticos, ropa a precios al alcance de su salario y placeres de la vida cotidiana que no encuentran en un país con un Estado y una sociedad neocorporativos y autoritarios.

Mientras esto sucedía -y sucede- en la clase obrera, la izquierda hegemónica mantenía sus viejas tradiciones heredadas del siglo pasado. Con una ética del trabajo cercana a la de los propios empresarios. Solemne, rígida, sectaria, austera ante el goce y sobre todo como ya dijimos antes terciarizada, vanguardista y con los hábitos de los sectores más calificados. Esta tradición elitista la lleva a cooptar cuadros, sin su correspondiente y necesaria política hacia las masas, su frágil relación con el resto de los trabajadores la establecen a través de sus dirigentes, fácilmente reprimibles o cooptables, (perdiendo la relación con los dirigentes se perdía el sector en su totalidad), una prueba de ello fue el STUNAM. A esto hay que añadir una concepción de la trascendencia casi religiosa, su versión del socialismo siempre fue un paraíso por alcanzar en el futuro, sólo con él llegaría el goce.

Volviendo a ese nuevo proletariado, en formación desde finales de los sesenta, iconoclasta en su acercamiento a las mercancías culturales, a diferencia de la izquierda rígida que se aferraba a ciertos estereotipos culturales: música latinoamericana, trova cubana, mezcilla y libro entre el brazo y el pecho; potencialmente plural, antiautoritario y anticorporativo; digamos que la nueva izquierda, igualmente sesentañera, pudiera haber estado más cercana a este proletariado emergente. Desafortunadamente, fue derrotada por la izquierda tradicional. Sus militantes, convencidos o intimidados por sus

sentimientos de culpa: ¿como ser de izquierda y ser tan hedonistas y fáusticos, rocanroleros y progresistas al mismo tiempo? Muchos miembros de la nueva izquierda de origen estudiantil pasaron a formar parte de las renovadas huestes de la izquierda tradicional. Así, un concepto nuevo de cambio, para el aquí y el ahora, o un socialismo democrático, plural y hedonista fueron derrotados. De nueva cuenta una gran parte de este movimiento obrero y de esta nueva izquierda en una cultura más abierta a las transformaciones y un sector importante de nuevos trabajadores altamente escolarizados del terciario- se convirtieron en una generación perdida.

Las diferencias entre la izquierda tradicional y este proletariado en formación [8] -incluyendo los nuevos trabajadores del terciario- van más allá de la composición de clase, son diferencias culturales. La cultura de estos trabajadores generalmente se confronta con la cultura de los militantes externos o de los militantes internos (trabajadores profesionalizados la mayoría de las veces). Los militantes de esa izquierda busca en el futuro la utopía, el moderno milenio, el reino de la libertad. El obrero moderno, si no es que el ser contemporáneo, responde a la intensificación de la explotación en el trabajo con un vida intensa, más salario menos trabajo y lo queremos todo, aquí y ahora. Divergencias culturales y políticas, diferencias de posiciones ante la fantasía, los mitos, la vida, la muerte... Esta es una problemática digna de ser profundizada. Algunos dirán que un trabajador que actúa así es presa del individualismo y del inmediateismo economicista propios de la cultura hegemónica. Otros podemos decir que esas nuevas actitudes nos demuestran que el trabajador moderno no es un sufridor ni un mesías, que no sólo hay que pugnar por la síntesis del hombre y su trabajo, sino también por la síntesis del hombre y sus deseos.

CITAS:

[*] Profesores Investigadores del Departamento de Sociología, UAM-A.

[1] Para efectos de este estudio nos interesa la forma en que Dowse y Hughes rastrean el concepto de cultura política. Para ellos "los individuos en su interacción generan ideas, expectativas, actitudes y creencias sobre sus actividades comunes (...), la inmensa mayoría de la gente nace y es socializada en una cultura que da por supuesta. Estas ideas culturales se asocian a modelos particulares de comportamiento social (...). Y dentro del contexto comunitario, la adopción de esos lenguajes, modos de comportamiento, etc. simboliza y expresa la solidaridad de grupo frente a los elementos de la cultura de la comunidad más amplia". Continúan con su arribo a su concepto sintético de cultura política, relacionándolo con el de cultura en general y con la subjetividad que esta implícita en este ámbito: "...en cualquier sistema político' hay un reino subjetivo ordenado de la política que da sentido a las decisiones políticas, disciplina a las instituciones y significación social a los actos individuales' (Pye y Verba, 1965:7). La cultura política proporciona al individuo directrices para el comportamiento político y para la sociedad en su conjunto constituye una estructura de valores y normas que contribuye a dar coherencia al funcionamiento de las instituciones y organizaciones. (...) El centro de interés de los estudios sobre cultura política se encuentra, (...) en lo que la gente cree en relación con esas estructuras y comportamientos. Son esas creencias las que dan sentido al comportamiento de los hombres sentido para sí y para los demás" (Dowse y Hughes, 1980:283-284).

[2] A tal grado se dio esto en los setenta, que basta un ejemplo para ubicar la fuerza que tenía la organización política en la fábrica en el desarrollo de la reproducción obrera extra-fábrica. Novelo y Urteaga concluyen, refiriéndose a los obreros del Complejo Industrial de ciudad Sahagún en 1975, que "parte de la vida de los trabajadores 'fuera de la fábrica' se halla impulsada por la estructura sindical. Las prestaciones sociales (...) por ejemplo, las

funciones de recreación en los auditorios (cine, teatro, ... aniversarios, cursos etc.), las competencias deportivas y hasta las peregrinaciones (...) (Novelo y Urteaga, 1979 79). Es cierto que estamos hablando de una ciudad fábrica pero en los setentas -década de auge del SI- encontramos varias experiencias similares en otros sindicatos.

[3] "La cultura supone la distinción entre el hombre y el animal, esta conformada por la creciente capacidad que adquiere el hombre para transformar la naturaleza (fuerzas productivas), cuyo principal objetivo, es satisfacer sus necesidades vitales (orgánicas o biológicas y psíquicas y espirituales); se compone también de las relaciones sociales que los hombres establecen entre sí, al producir sus bienes materiales de existencia, así como las instituciones sociales o culturales encargadas de regular, mantener, controlar y transmitir las normas, los valores, etc, que sustentan a dichas relaciones sociales; se compone finalmente por las actividades psíquicas, los productos intelectuales, científicos y artísticos. (Salazar, 1990:29).

[4] En los ochenta ya se atisbaban esas diferencias de composición técnica que redundaban en diferencias de composición política. En la industria automotriz un, era el obrero profesional altamente calificado y otro el obrero-masa-semicalificado poco calificado (Quiroz, 1982.18-19). En una plática que, posteriormente, tuve con da trabajadores de Industria Automotriz de Cuernavaca, S. A. Las diferencias eran patente uno era dirigente sindical otro activista de base; el primero era obrero especializado segundo obrero de la línea; uno trabajaba con una máquina y podía ganar más salario partir de su productividad, el otro no. Cuando se habló de temas cotidianos se tocó el hecho de que la empresa trataba de restarle fuerza al sindicato convenciendo a la esposas de los trabajadores y controlando la liga de futbol. Ante esto el activista de base proponía lanzarse contra la empresa que, entre otras cosas, daba pláticas de control de la natalidad a las esposas de los trabajadores, el dirigente propuso que mejor el sindicato comenzara a preocuparse por cubrir estas actividades. Las diferencias se dan también entre las instancias organizativas, las bases actúan colectivamente y con el anonimato como defensa, sus dirigentes más cercanos son los delegados departamentales, y con el comité ejecutivo generalmente tienen relaciones tensas y contradictorias -aunque complementarias- dentro de la lucha de clases -y sectores de clase- de la cotidianeidad fabril (ver Montiel, 1991.125-128)

[5] Veamos la mezcla armónica de lucha fabril y comunidad, la política festiva y la festividad politizada: "Invitamos a usted y a su apreciada familia al festival con motivo de la toma de posesión del nuevo comité de talleres de la fábrica 'La Magdalena', se celebrará el 12 de septiembre, a las cinco de la tarde. Esperando que ustedes por sus bien reconocidas ideas nos honrarán con sus presencia. SALUD Y COMUNISMO LIBERTARIO". Entre sus actividades combinaban una "Obertura de la renombrada Jazz Band 'Quiupe blues'" con "Las ideas de la organización obrera, tema a cargo de compañero José C. Valadés"; una pieza de música con la "Entrega del comité saliente protesta del entrante que tomará el compañero Ciro Mendoza"; la declamación de una poesía con el "Baile que terminará a las 5 de la mañana del siguiente día" (Fondo Valadés, 1925:s/p).

[6] La intervención del Estado en la Economía abre la era del corporativismo en el mundo. Las relaciones Estado-MO a nivel mundial se tornan, con sus diversa especificidades, corporativas. El corporativismo tienen muchas caras, sus versiones totalitarias (Italia, Alemania, España); sus versiones democráticas (EUA, Inglaterra); sus versiones burocráticas (URSS y países del este) y sus versiones populistas en América Latina (Cardenismo, Getulismo y Peronismo).

[7] Uno de los principales obstáculos para sindicalizar a los trabajadores bancarios era que se asumieran como tales, en los setentas se autodenominaban como empleados, para diferenciarse de los obreros. En plática con obreros de la Volkswagen alguien mencionaba la importancia del baño al salir del trabajo. "uno se talla fuerte, para quitar la grasa y para sentirse otro al salir de la fábrica".

[8] Hablamos de formación en el sentido que le da E.P. Thompson como un proceso mediato, donde la clase obrera tiene un papel activo, con su cultura y valores, en su propia constitución (ver Meiksins, 1983:97).

BIBLIOGRAFIA:

Alonso Antonio (1975) El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959, Era, México.

De la Garza Enrique (1989) Un paradigma para el análisis de la clase obrera, UAM-I, México.

De la Garza Enrique (1990) "Reestructuración del Neocorporativismo" en Trabajo, 3-4, México.

Dowse y Hughes (1980) Sociología Política, Alianza, Madrid.

Excelsior (1959) citado por Alonso Antonio (1975).

Góngora Janette (1990) "El Sindicalismo Independiente y los Límites de la Denuncia" en Trabajo, (op.cit.).

Huitrón Jacinto (1974) Orígenes e Historia del Movimiento Obrero en México, Editores Unidos Mexicanos, México.

Incháustegui Teresa (1990) "Desgaste del Sindicalismo de la Revolución" Trabajo, (op.cit.).

Marx Karl, (1974) Introducción General a la Crítica de la Economía Política, 1857, Cuadernos de Pasado y Presente, Argentina.

BIBLIOGRAFIA:

Meiksins Ellen (1983) "El Concepto de Clase en E.P.Thompson" en Cuadernos Políticos, 36, México.

Monsiváis Carlos (1987) "Notas acerca de la Cultura Obrera" en Coloquio sobre Cultura Obrera, CIESAS, México.

Montiel Yolanda (1991) Proceso de Trabajo, Acción Sindical y Nuevas Tecnologías en México, CIESAS, México.

Novelo Victoria y Urteaga Augusto (1979) La Industria en los Magueyales, Trabajo y Sindicatos en Ciudad Sahagún, Editorial Nueva Imagen, México.

Pérez Arce Francisco (1987) "¿Cultura Obrera o Cultura Popular?" en Coloquio Sobre Cultura Obrera (op.cit).

Pye L.W. y Verba S. (1965) *political Culture and Political Development* Princeton University Press, New Jersey.

Quiroz Trejo José Othón (1989) "Una crítica a la historiografía tradicional del movimiento obrero en México: mitos y realidades de la insurgencia sindical" en *Sociológica*, 9, México.

Quiroz Trejo José Othón (1982) "Tecnología, Reestructuración Capitalista y Composición de Clase en la Industria Automotriz Terminal: El Caso de México" en *Revista de la Universidad Autónoma de Guerrero*, 8, México.

Salazar Francisco (1990) *Reflexión en torno al Concepto de Cultura, versión mecanográfica*, UAM-A, México.

Taibo Paco Ignacio y Ferrer Guadalupe (1979) "Los Hilanderos Rojos" en 2o. Coloquio Regional de Historia Obrera, CEHSMO, México.

Trentin Bruno (1990) Entrevistado por José Luis Rhi Sausi "Los Horizontes del Sindicato en Europa" en *Trabajo* (op.cit.).

Vázquez Horacio (1990) "Nuevo Sindicato: Un Modelo para Armar" en *Trabajo* (op.cit.).

Valadés C. José (s/f) *Fondo Valadés*, CEHSMO, México, citado por Taibo Paco Ignacio (1990).